

nes, portugueses, dálmatas, sicilianos, napolitanos, belgas, lituanos, franceses, etc. Viven unidos con apretadísimo vínculo de caridad, como si fuesen hijos de una sola madre. ¡Oh bondad de Dios! ¡Entre ellos me encuentro yo!

Hace tiempo ando por saber puntualmente mi edad: no la sé de fijo¹. Singular merced me haría V. S. si quisiera mandar algún hermano mío á Diest, para sacar con todo cuidado la partida de bautismo: en teniéndola, sírvase V. S. remitírmela sin tardanza por el medio que le fuere posible. En fin, me encomiendo encarecidamente á los santos sacrificios de V. S. Yo siempre por mi parte tengo en la memoria la caridad de mi bienhechor.

De Roma, en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús, á 23 de Noviembre (1619).

De V. S. siervo en Cristo

JUAN BERCHMANS.

Recados afectuosísimos al Sr. D. Itre, á Gil con los suyos, á mis hermanos, á los parientes y á los amigos de Diest. Es mi deseo que V. S. procure que mis hermanos y mi hermana (en el original léese mis hermanas, por yerro) confiesen cada ocho días y comulguen cada mes. Fuera de esto, no tengo cosa que me dé cuidado. No me importaría, ni se me haría vergüenza que los míos anduviesen mendigando de puerta en puerta; pero sería cosa intolerable para mi alma que ofendiesen á Dios con un solo pecado mortal.

¹ Pensaba el Santo que había nacido en 9 de Marzo, y así lo asentó en los libros del Noviciado.



CAPÍTULO V.

SU PUREZA ANGELICAL.

- I. La conservó siempre intacta.—Insignes testimonios de dos Padres.
- II. Interesante declaración del P. Cepari.—Tres grados de castidad.—Sus pecados.—Prudencia en las lecturas.
- III. Frutos de su limpieza virginal.—Su presencia infunde en otros virtud.—Grave declaración.—Asombro del Card. Belarmino.—Pintura del P. Cepari.

I

DE la modestia que ordena el cuerpo con la compostura de las acciones exteriores, y de la mortificación y humildad que limpian los siniestros del espíritu dando su última forma á los actos interiores, brotó como del capullo la flor la pureza angelical de nuestro bienaventurado mancebo. No podía ser sino castísimo, quien tenía cerradas las ventanas de los sentidos, por donde suele el pecado escalar la morada del alma y hacer presa en sus bienes; ni había de ser sino purísimo, quien con denuedo varonil traía enfrenados los apetitos y los antojos del amor sensual; ni debía ser sino inocentísimo, quien era tan humilde y despreciador de sí, confiado sólo en Dios.

Estos son los grados por donde indefectiblemente sube el alma á perfectísima pureza. Lo que apenas cabe en el pensamiento es cómo tuvo Juan tanto pecho para hacer frente á cualquier encuentro que pudiera aun de lejos desdorar la delicadeza de esta virtud, cuando con un liviano soplo se marchita. Porque sólo á poder de industrias ganó la palma en esta guerra con el enemigo doméstico, sin perder ninguna acción; ¡cosa tan maravillosa como nueva!

Esta verdad no debe decidirse en la cátedra de la razón por vía de legítimas consecuencias, sino en el tribunal de los hechos por vía de probanzas concluyentes: traslademos, pues, aquí por su orden el juicio de los Padres graves que trataron de cerca á nuestro Santo, ó dirigieron su alma. Sirva ante todo de preámbulo la advertencia que el mismo Santo dió á sus confesores, firmada de su propio puño en un papel cerrado por estas palabras: *Permito que se haga libre uso y sin reserva de cuanto digo en confesión (Do facultatem ut plene et libere utatur hac scientia ex confessione.)*

Llamado á dar dictamen acerca de su inocencia el P. Ceccotti, declaróle por estas palabras: *Obedeciendo al mandato de mis superiores, puedo afirmar con verdad, por lo que mira al interior de Juan Berchmans que, desde que hago este oficio, que me ha puesto en comunicación íntima con un sin número de almas, no he hallado otra de mayor pureza que la suya: aun me parece que tenía un no sé qué de privilegio mayor. Sus pecados no eran de aquellos que siendo mortales de suyo, los hace veniales la razón de parvedad de materia, ó falta de consentimiento; eran de su naturaleza veniales y de aquellos*

que, atendida la corrupción humana, no se pueden del todo evitar. Y siquiera los cometiese, eran faltas ligerísimas hechas sin voluntad deliberada, cuales aun los santos cometen, ó eran casos de mera fragilidad de la naturaleza lisiada. Y es muy de notar una cosa que si prueba por una parte la especial asistencia del Espíritu Santo que con su gracia le gobernaba, encarece por otra la gran vigilancia que tenía en llevar enfrenadas las potencias interiores y exteriores siempre mudándose de bien en mejor; y es, que con ser estas faltas levísimas, juntábase el ser poquísimas también en número. De ellas, bien que imperceptibles, tenía conocimiento muy claro. Era de conciencia finísima, libre de todo resabio de escrúpulo y congoja, en un todo conforme á la pintura que hace nuestro B. Padre Ignacio en el tratadito sobre escrúpulos... La modestia de sus ojos y todo su exterior, que infundía tanta devoción, era sólo rastro y figura desaliñada del orden admirable que reinaba en su interior. No digo más, porque me faltan palabras que signifiquen el alto concepto que tengo formado de la limpieza angelical y de la inocencia de este bienaventurado Hermano. Por esta causa no me queda sombra de duda sino que al salir del cuerpo mortal, voló su alma derecha al cielo, sin tocar en el purgatorio... En fe de lo cual y en testimonio de la verdad, depuse de propia de propia mano.. Yo Juan Bautista Ceccotti.

Atestó también su inocencia con palabras muy expresivas el P. Massucci que le confesó el último año. Durante este tiempo, dice, venía á confesarse una ó más veces por semana á la hora señalada, y solía ser siempre el primero. Cada mes en su día dábame cuenta de conciencia trayen-

do en un papelito apuntadas todas las cosas que pensaba decirme. Según esto, acerca de la pureza de su conciencia creo poder con toda verdad declarar lo que sigue. Si exceptuamos al B. Luis Gonzaga, con quien viví y traté familiarmente el último año de su vida, no he conocido joven de vida más ejemplar, de conciencia más limpia, de perfección más levantada. No tenía conciencia de haber cometido en todo el curso de su vida, no digo ahora pecado mortal, pero ni aun venial deliberadamente. Esto es mucho de ponderar, y prueba que además de haber conservado siempre sin mancha la inocencia bautismal con el don de la pureza, caminó siempre adelante desde el principio hasta el fin por la senda de la perfección. En la guarda de los tres votos ponía tanto cuidado, que no recuerdo se acusa-se una vez sola de haber faltado ni poco ni mucho. En la castidad fué señaladísimo: juzgo que no sintió en el cuerpo perturbación contraria, ni en la imaginación, aun en sueño: este mi juicio le fundo en la claridad, llaneza y minuciosidad de su cuenta de conciencia, como tenía resuelto en sus papeles diciendo: *Ero sincerissimus, apertissimus et sicut aqua cum meis superioribus et patre spirituali. Y no es mucho llegase á tal grado de pureza el que se esmeraba con gran diligencia en velar sobre los movimientos de su corazón, en guardar grande templanza, en no desistir de mortificarse, en traer la atención puesta en Dios ó en cosas santas, cuando no le ocupaban las horas del estudio*¹.

¹ Proc. rom. pág. 226.

II

CON estos graves dictámenes juntemos el del P. Ceparí, que tuvo también en calidad de Rector la llave de sus secretos. Dice así el contexto:

Juan estuvo sujeto á las flaquezas y culpas que son consecuencia de la primera corrupción, y que todos los santos han incurrido. Quien lo contrario pensara erraría ciertamente. Él se acusaba y se confesaba con sinceridad de muchas faltas; pero eran tales, que de puro imperceptibles se escondían á los ojos de todos: sólo una lumbré especial de Dios se las podía dar á conocer á él. Los confesores han declarado como cosa cierta, que conservó limpia y sin mancha la estola de la inocencia. Esta verdad también resulta de un papel escrito de su mano, en que leo: "Dios me hizo cristiano, compañero de Jesús, amigo suyo íntimo, desposóse con mi alma, y preservóla de pecado mortal." No es mucho, según esto, que no hiciera ninguna mella en él la meditación de los pecados, cuando entró por primera vez en ejercicios. Tengo en mis manos sus apuntaciones espirituales: en ellas dice así: "Al hacer el ejercicio de los pecados cometidos en el siglo, me sentí totalmente seco y sin sentimiento alguno." En Roma anotó también la impresión que recibió en dicha meditación. Dice así: "He hecho este ejercicio, pero sin moción ninguna." Por fin, antes de morir dejó escrito el mismo resultado: "Hice la meditación de los pecados con toda diligencia, pero sin gusto; en los

dos primeros puntos sequedad y fastidio. „ ¡Qué maravilla que un niño que nunca había ofendido á Dios, se desolase por no hallar materia de pesar y confusión!

Libre de toda mancha grave, propuso con todas las fuerzas no dar entrada á pecado venial. De sus mismos labios se lo tengo oído: y no me dejan mentir sus papeles, donde encuentro á cada paso bajo formas variadas este propósito: antes morir que cometer el menor pecado venial, me guardaré con suma diligencia de hacer paces con el pecado venial: huiré con todo estudio las levisimas imperfecciones. Lo más asombroso es con qué exactitud supo guardar estos propósitos. Por mi parte, yo no podía contener el sentimiento de veneración, al oírle la cuenta de conciencia que me daba cada quince días. En una de estas ocasiones me sentí como absorto á vista de tan grande fidelidad, y dije para mí sin que él lo pudiese oír: ¡Oh joven bienaventurado, no parece sino que el Señor te atavió con el ropaje de gloria que perdió nuestro primer padre en el paraiso! Este era mi dictamen: no negaré que el Hermano Juan sintiese el peso de nuestra mortalidad, pero no hallé entonces palabras que mejor exprimieran mi concepto. — Todo esto es del P. Cepari: testimonio ciertamente de grande autoridad, y muy digno de estima en la boca de un varón tan experimentado como todos sabemos haber sido el P. Virgilio Cepari; porque sin hacer mención de su acreditado saber y de su tacto en la dirección de las almas, fué en Roma testigo familiar de los favores de San Luis Gonzaga, en Florencia confesor de Santa Maria Magdalena de Pazzis, y después director del Beato Hipólito Galantini.

De los testimonios que preceden conferidos entre sí, se coligen tres puntos muy importantes. El primero es, que Juan nunca se atrevió á cometer pecado conocidamente mortal: el segundo, que nunca deslizó en pecado venial deliberado: el tercero, que el descubrir faltas en su conciencia provenía de la gran lumbre de Dios que se las representaba. Por consiguiente, si llamó alguna vez crímenes los pecados que cometía, y le dolían en lo más vivo del alma, hemos de entender que así se los ponía á la vista la luz sobrenatural y su mucho amor de Dios; que muy propio es de almas delicadas encarecer las propias menguas y recatarse de su sombra; muy al revés de las almas estragadas con el vicio, á quienes hace muy poco peso un pecado mortal y pasan por él con ligereza, siendo así que sobre él carga la mano de un Dios justiciero, como lo dicen los tremendos castigos con que le escarmienta.

¡Cuán de otra suerte miraba nuestro Santo la menor mácula que pudiera empañar el cristal de esta virtud. *El impuro*, decía, *es más ruin que todos los demonios juntos. Por tanto tengo de aborrecer, detestar, execrar las más pequeñas cosas que van á dar en la castidad, como son vista poco recatada, deslempianza en el comer, etc.* Si por acaso llegaba á sus oídos alguna palabra menos compuesta, un color se le iba y otro se le venía poniendo su rostro en manifiesta inquietud. Arreboles eran del cielo, con que significan las almas puras los amores de su razón.

Hace á este propósito el hecho siguiente. Aconsejóle el P. Cepari que leyese las *Confesiones de San Agustín*, dándole á entender que allí encontraría particulares ilustraciones y encendidos afec-

os. Comenzó á entrarse por este libro; mas al caer en aquel paso en que el Santo cuenta con mucho pesar los desvaríos de su mocedad, corrió desalado al cuarto del P. Rector con el libro y le dijo: *Padre, las Confesiones de San Agustín no son para mi paladar.* El Padre entendió en seguida lo que era, y le mandó tomar otro. Hace aquí el P. Cepari una oportuna reflexión. *Admirable ejemplo, dice, que da harta materia de confusión á tantos jóvenes, que, sin reparo ni discreción y tal vez con gusto y por antojo, se alargan á revolver páginas licenciosas, y se engolfan en lecturas detestables, sin caer en la consideración que la lectura deja estampado en la memoria y en el ánimo el rastro de las imágenes*¹. ¡Y cuántos bebieron en un mal libro el veneno que les torció el juicio y les encendió el deseo del mal! ¡Cuántos dieron al traste con su inocencia y temor de Dios por los malditos libros á que se aficionaron!

III

PERO NO NOS detengamos; que si muy bien cae la corona sobre quien tan gallardamente rindió á sus adversarios, tiempo es de recoger las rosas nacidas entre las espinas con que nuestro joven rodeó su cuerpo y alma por medio de la modestia, mortificación y humildad; con estas flores entretejióle Dios una lindísima guirnalda que no ciñeron siempre los santos más esclarecidos.

¹ Vita; part. II, § VIII.

Sea la primera el no haber jamás sentido tentaciones contra la honestidad, ni haber pasado por su espíritu pensamiento ni imaginación que no fuese muy casta. ¿Quién lo creyera si no apretase tanto el peso de abonados pareceres? Tratando en cierta ocasión con un Hermano coadjutor sobre la virginidad de María, y sobre lo mucho que se precia de conceder pureza á los que la aman, Juan, con la confianza y sencillez que le inspiraba la amistad del Hermano, le manifestó este secreto: *Por la gracia de Dios, y por beneficio de la Virgen María, no recuerdo haber tenido un solo pensamiento contra la castidad; siento, al contrario, horror indecible á todo cuanto puede disminuir de lejos el resplandor de esta virtud.*

Esto es poco. Su cuerpo, morada de alma tan limpia, pareció poseer anticipadamente cualidades de cuerpo glorioso. Traslademos sus propias palabras. En una cuenta de conciencia que dió con el P. Cepari á fines de Diciembre de 1620, dice: *En cuanto á la castidad, gracias á Nuestro Señor y á la protección de la Virgen, no he sentido de día el menor movimiento contrario. De noche, tres ó cuatro veces durmiendo; pero cuando esto me pasa, siento como si alguien me despertase; mayormente desde que acostumbro rezar antes de acostarme una Ave María en honor de la Inmaculada Concepción de la Virgen.* Al paso que iba acercándose el día de su dichoso tránsito, iba también la entereza de su cuerpo caminando á la integridad del espíritu. A 18 de Junio de 1621, primer día del triduo de renovación, tornó á dar cuenta del último semestre. En ella manifestó al P. Rector, lleno de santo gozo, que ni en sueños ni en vigilia había padecido molestia alguna. Las palabras son éstas: *En el punto de la castidad*

no he sentido realmente nada; pareceme que nunca me he hallado tan bien como ahora, merced á la bondad de la Santtísima Virgen.

Concuerta esta declaración con el testimonio del P. Massucci que le confesó durante el año, y va citado arriba, en esta forma: *Guardó la castidad tan perfectamente que no sintió movimiento contrario, ni en la imaginación, ni ilusiones en sueños, en cuanto yo puedo dar razón del tiempo que le dirigi.* No menos explícito es el P. Ceparí al decir: *Recompensa del cielo fué que en toda su vida no sintiese trabajo ni molestia que le diese en qué entender en materia de castidad: don tan digno de estima, cuanto es más raro en el mundo.* Este es, en efecto, el último de los siete grados que en la pureza corporal señaló el gran Casiano, que, dice, se concede á poquísimos santos. Y que á nuestro divino doncel se le concediese la tesorería de la virginidad y de todas las gracias, María, no podrá ponerlo en duda quien considere que la gran Señora es la capitana y guía del lucido escuadrón de vírgenes que andan en pos del Cordero sin mancilla; y nadie ignora que, á fuer de bizarra, huelga de encontrar almas castas émulas de su pureza, y toma por punto de honra particularizarse con los que se le muestran muy finos y cumplidos, como éste Benjamín se mostró.

No paran ahí los favores de María: y sea esta la segunda flor de la castidad de Juan; flor balsámica que se convirtió en medicinal: ¡rara pureza! Una secreta virtud brotaba de todos sus miembros, é infundía castidad en los que se ponían á mirarle. Personas hubo de flaqueza increíble, que experimentando rebeldía y halagos de la concupiscencia á la sola vista de objetos cualesquiera,

por tener muy conocida su fragilidad andaban con gran tiento esquivando los ojos; pero no mostraban reparo en fijarlos en el rostro del castísimo adolescente, porque su mirada, con ser hermoso y agraciado, lejos de serles de perjuicio, al contrario, les era muy saludable contrayerba y medicina. La difusión de su virtud redundaba y pasaba al través del semblante al alma y cuerpo del tentado, como para embotar los filos de la indómita pasión. ¡Privilegio señaladísimo! De San Estanislao Kostka está probado que le tuvo también.

Abunda la deposición de testigos que ponen fuera de controversia esta gran maravilla. Uno de ellos declara: *Puedo aseverar que estando en la mesa sentado enfrente de él, más de una vez me paré á mirarle á la cara, cosa que con otros jóvenes no hubiera yo hecho sin gran rebelión y molestia; pero era tanta su severidad y aquél no sé qué de angelical recato, que me parecía ver pintado en su rostro, que me movía á lágrimas de ternura y á darle el parabién por su dicha¹.*

Otro hizo con juramento y dióselo por escrito al P. Bisdómini², esta declaración, confirmada después por la autoridad del P. Ceparí.³ *Yo N., sacerdote teólogo, solía fácilmente padecer aprietos y guerra interior, con sólo ver gente joven bien parecida; acerté á ver en el Colegio Romano á un jovencito que supe se llamaba Juan Berchmans, y con ser y parecerme de gentiles facciones, tuve clavados en él los ojos, pero no experimenté las sugerencias y representaciones de costumbre, sino pensamientos limpios y castos:*

¹ Proc. rom., pág. 449.

² Proc. rom., pág. 262.

³ Proc. rom., pág. 263.

le seguí con la vista y me entretuve mirándole cuanto me fué posible, y aun queriendo por mi ruindad formar imaginaciones malas, no era dueño de ello; que sólo bullían en mi alma pensamientos del cielo, y afición á la hermosa castidad. Por esta causa, muy á menudo iba al Colegio á recrearme con su aspecto, para sentir estas gracias, pero él no lo advertía por su modestia. Sabiendo yo que había de defender el acto de filosofía, holgué mucho de tener comodidad para contemplarle por largo tiempo á mi sabor; y así lo hice, y no me harté de verle por espacio de hora y media, resultándome las mismas gracias y los santos pensamientos dichos. Hasta aquí el sacerdote seglar.

Este fruto que obraba en los otros la vista de su semblante, como efecto de su pureza virginal, bien podemos decir que el mismo Santo le confirma en sus papeles haciéndonosle estimar por beneficio de la Madre de Dios. *La Virgen María, dice, con sólo su aspecto echaba los malos pensamientos de los que la miraban: pídele tú también que con tu trato puedas inspirar amor á la castidad.* Cada día rezaba doce Ave Marías á la Virgen purísima en obsequio de su preciosa limpieza, suplicándole la gracia de ser casto y de hacer castos á otros. Y era razón respondiese la Señora á los deseos de su Benjamín. ¿Qué madre no se complace en perpetuar en sus prendas más queridas la grandeza de sus mejores títulos?

Pero subió todavía de punto la solicitud maternal de María en el tercer privilegio, que como suma de todos los otros regaló á su castísimo hijo. Probóse con abundancia de testimonios concluyentes, que después de muerto obraba su cuer-

po frío los mismos efectos que en vida, y que difundía un como bálsamo de aroma celeste que serenaba las conciencias combatidas por la rebelión de la sensualidad. Razón de esta merced dará el caso siguiente, firmado con el nombre del confesor que la refiere. Narra primero cómo la presencia de San Juan había templado á esta persona en trances terribles la molestia de tentaciones, y consecutivamente añade: "A la noticia de su muerte acudí al punto al Colegio, y le vi en la iglesia y sacristía. Miréle con atención por largo espacio de tiempo, le besé las manos y la frente angelical, le toqué aquel cuerpo purísimo como una azucena sin poderme apartar de su lado. Estando así me sentí notablemente mejor; he continuado visitando el sepulcro, y recibo cada vez igual merced. Como no juzgo prudente en esta delicada materia revelar mi nombre, fuera de que me lo ha prohibido el confesor, autorizo al P. Tomás Bisdómini, teólogo de la Compañía de Jesús, ante quien he declarado con juramento los beneficios indicados, que dé fe de ellos en mi nombre. Tengo por cierto que lo que digo es un prodigio debido á la virtud del santo joven." Hasta aquí el anónimo.

Otras muchas personas seglares y religiosas de ambos sexos, á cuya noticia había llegado la virtud de tanta pureza virginal, acudieron á su favor con alentado espíritu é imploraron su protección en tentaciones peligrosas de que no se podían valer: la paz, seguridad, denuedo, limpieza, eran frutos de la oración que en sus manos depositaban.

Muerto el santo mozo, como refiriese el P. Bisdómini estos varios sucesos al Cardenal Belarmino, que tenía ya un pie en la sepultura, vió á este venerable anciano derretirse en lágrimas de con-

suelo, y le oyó exclamar encogidas las alas del entendimiento: *Gracia verdaderamente singular en un mozo lleno de brios.*—Interrumpió el Padre los sollozos de aquel grande hombre diciendo: *Pues es cosa averiguada, Eminentísimo Padre, que el solo verle despide cualquier tristeza y engendra amor á esta virtud.*—¡Oh! exclamó el cardenal no cabiendo de admiración y bañado en nuevo llanto; *ese fué privilegio de la Madre de Dios. Ella es seguramente la que se le comunicó á este su devoto hijo.*

De alto valor fueron los regalos que se dignó hacerle la Reina de las vírgenes. Mérito fué de nuestro santo el haberse esforzado con todo ahinco en seguir el espíritu del Instituto, hasta llegar á imitar tan perfectamente, como el patriarca San Ignacio pide á los suyos, la castidad de los ángeles en la limpieza del cuerpo y mente; pero fué fineza de la Sacratísima Virgen María el no haber querido limitar sus favores con este fidelísimo siervo y el haberle enriquecido liberalísimamente, haciéndole muy semejante á Aquel que se apacienta entre lindas azucenas.

Cierre este capítulo el retrato que dejó delineado la pluma del P. Cepari por estas palabras: *Era doncel grave sin afectación, alegre sin liviandad, en el exceso de sus mayores contentos la risa nunca excesiva, humilde su semblante, modesto y edificativo; con todos conversaba con dulce afabilidad y agrado, y si concedemos que su trato era serio y grave, no era empero enojosa, sino muy risueña su gravedad. No se le oyó motejar, ni burlar de ninguno, ni por vía de entretenimiento, ni tampoco ridiculizar las cosas de otros, ni porfiar, ni querellarse, ni mostrar resentimiento de cosa que le hiciesen; no daba lugar al*

enojo, ni se le calentaba la boca de suerte que alzase el tono más de lo justo, si bien era de natural vivo y despierto. Alabado no se ufanaba, antes se cubría el rostro con velo de humilde sonroseo; reprendido ó ajado no volvía por sí ni se ponía mustio, antes se humillaba mostrando placer y contento sin indicios de alteración; en los casos adversos no se desazonaba, ni desmayaba en las empresas del servicio de Dios, antes confiado en el favor divino, daba á los otros aliento y esfuerzo. En el obrar era listo y expeditivo sin ansiedad; no prevenía las ocasiones con apresuramiento demasiado, ni las dejaba pasar por flemá ó negligencia; en todas sus obras, en fin, resplandecía un cierto lustre de devoción que le recomendaba al respeto de todos y hacía que todos comúnmente hablasen de él con reverencia y aprobación.

Todo esto dice el P. Cepari, testigo ocular de mayor excepción ¹, cuyas palabras son suma y contraprueba de cuanto hasta el presente llevamos referido.

¹ Vita, part. II, § IX.

